

Myrtia, nº 18, 2003

Máximo Brioso Sánchez - Antonio Villarrubia Medina (eds.): *Estudios sobre el viaje en la literatura de la Grecia antigua*, Servicio de Publicaciones de la Universidad, Sevilla 2002 (262 p.).

Este libro corresponde a las actas de un encuentro o ciclo de conferencias sobre el lema que enuncia el libro, que tuvo lugar en Sevilla en 2000, reuniendo a varios profesores de Filología Clásica. Naturalmente la visión prevaleciente es la filológica, el análisis del viaje en la literatura de ficción, principalmente en la poesía heroica y en la novela. Estos dos apartados son los más amplios, los que ocupan un número más generoso de páginas, desproporcionado, diría yo, respecto a las otras perspectivas (viaje e historiografía; viaje en la oratoria; y viaje en la filosofía).

A. Villarrubia abre el volumen con un extensísimo estudio titulado "Poesía y viaje. Consideraciones en torno a algunos poemas épicos mitológicos en la literatura griega antigua" (pp. 11-115). El adjetivo "algunos" del título es inadecuado por modesto. No trata el autor algunas obras, sino "ciclos" épicos, cuales son el de los argonautas (pp. 12-66) y el troyano (pp. 66-106). En el último caso sería más propio hablar de "homérico" pues, obviamente, hablando del viaje, la *Odisea* cobra un protagonismo que no tiene la *Iliada*, y sólo ésta es "troyana", del mismo modo que la *Odisea* es "mediterránea".

Estos dos envases épicos –*Argonáuticas* y *Odisea*– son, por sí mismos, viajes. Y este trabajo que trata de sus tramas e itinerarios no son sino amplias glosas de los mismos, de sus avatares o de sus protagonistas. El discurso explicativo que nos presenta el investigador, lejos de aclararnos los espacios surcados por los viajeros (míticos), nos los complica por su afán de buscar comparaciones o complementos textuales a la obra, ya de por sí espesa, por ejemplo, de un Apolonio de Rodas. Las citas textuales, ya en español, ya bilingües, se insertan tan reiterativamente en los amplísimos párrafos, que resulta verdaderamente difícil seguir el discurso. En este trabajo se hace necesario, imprescindible, el uso de notas a pie de página que liberen al lector de la losa de la intertextualidad. Más adelante, en este mismo trabajo, en la sección homérica (p. 66ss.) El autor insiste en parafrasear lo que cuenta la *Odisea*, si bien parece proponerse como reto dos propósitos: uno de ellos es buscar raíces orientales en los relatos épicos del Próximo Oriente, barajando con poca profundidad situaciones paralelas o parecidas en los poemas orientales y los griegos (ver por ejemplo p. 82 a propósito del descenso a los infiernos de Gilgamés y de Odiseo). [Para los préstamos del mundo literario y mítico del Próximo Oriente Antiguo

hacia la épica griega homérica, me permito recordar y recomendar, para su clarificación los dos primeros capítulos del libro de Walter Burkert, *De Homero a los magos. La tradición oriental en la cultura griega*. Barcelona 2002, que son ejemplo de claridad expositiva e instrucción]. El otro reto que parece autoimponerse el autor de este ensayo es identificar la geografía mítica odiseica con la geografía real (cf. pp. 83 ss.), con semejantes tipos de ideas y argumentos indefinidos o contradictorios: “En nuestra opinión, tanto el distanciamiento de la realidad como el acercamiento a la misma responden a una técnica depuradam poético-narrativa, en la que se conforma todo el ensamblaje de los distintos episodios y de los viajes agitados; además, ha de advertirse que la geografía mítica o fabulosa y la geografía real no se excluyen en absoluto, sino que forman un conjunto más o menos armónico; y por todo ello el afán puntilloso de una localización geográfica precisa de los lugares de los viajes antiguos, ya sean éstos puntos fantásticos o reales, no deja de ser un intento excesivo, sobre todo, cuando la imprecisión mítica parece una de las características de la propia poesía griega antigua” (p. 86).

Siguen —en el mismo estilo anterior— varios bloques *melangés* que recogen noticias de distintos viajes literarios rastreados en un azaroso número de obras y testimonios, desde Hesíodo a Quinto de Esmirna, sin importar otra cosa que la acumulación. Este término, acumulación, es lo que define el estilo y el contenido de este trabajo, desde la primera página a la última de bibliografía. Es, seguramente, una labor pacientísima de erudita investigación pero que no logra en ningún momento transmite al lector la emoción por el viaje, y la ausencia de un discurso limpio (nunca exento de acotaciones o de referencias) hace que el “viaje de la lectura” sea más bien accidentado que placentero.

A. Sancho Royo escribe un capítulo titulado “El viaje y la historiografía: Heródoto”. Historiografía, que no Historia. El matiz es importante, por cuanto cabe suponer que Heródoto puede ser visto como un “contador de historias”, lo cual no es, en verdad, una falsedad. Por su temática y por su enfoque me parece el trabajo más interesante de este libro.

El estudio de Sancho Royo insiste en el valor que daban los historiadores antiguos al término *autopsia*, como modo real de verificación histórica, o como *topos* historiográfico, analizando en particular pasajes significativos a tal propósito en la *Historia* de Heródoto, particularmente el libro dedicado a la descripción de Egipto.

Efectivamente, “en la *Historia* de Heródoto se puede rastrear la huella del viajero impenitente” (p. 120), sin olvidar que “Heródoto es el heredero inmediato de los logógrafos y periégetas, quienes recogían los relatos de los viajeros y curiosos sobre temas de etnografía, geografía, historia, curiosidades, tradiciones míticas, crónicas de ciudades y genealogías” (ibid.), del que Ctesias puede ser

tomado como paradigma. Estos viajeros griegos, cuyos textos nos han llegado mutilados, insertados en otros más largos o recogidos en compilaciones misceláneas de paradoxografía, constituyen verdaderamente “la aurora del pensamiento antropológico”. El entrecomillado corresponde exactamente al título de un libro de Julio Caro Baroja: *La aurora del pensamiento antropológico: la antropología en los clásicos griegos y latinos*, (CSIC, Madrid, 1983), libro fundamental sobre el tema, y lúcido donde los haya, incomprensiblemente olvidado en las investigaciones más recientes (por ejemplo en un libro reciente sobre el mismo tema, y en la misma línea del presente estudio: el libro de F.J. Gómez Espelosín, *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la Antigua Grecia*, Tres Cantos, Akal, 2000), obra que puede leerse con aprovechamiento como complemento a este estudio de Sancho Royo. Este último investigador fija muy bien el sentido de estos viajeros, que no eran míticos sino auténticos exploradores aventureros, que se atrevían a hollar los límites extremos del mundo conocido (o desconocido), a ambas extremidades de la extensión de la tierra, y basta citar como ejemplos a Escílax de Carianda que viajó hasta la desembocadura del Indo, y a Coleo de Samos, quien. En sentido opuesto, aunque en viaje no menos arriesgado, llegó hasta las Columnas de Hércules y Tarteso. Los viajeros, pues, emulaban a los héroes haciendo realidad y realizable el mito, y en cierto modo destruyéndolo.

“El viaje en la oratoria griega” es tratado por J. Ritoré Ponce en un discurso no ajeno al estilo literario de la propia retórica. El espectro temporal que toca es tan amplio (desde el s. V a.C. hasta Temistio y Libanio, en el s. IV d.C.) que resulta casi inevitable hacer generalizaciones. Por otra parte se nos habla de gran cantidad de nombres propios, autores o actores, que es imposible ubicar en el tiempo salvo que el lector tenga a mano una enciclopedia. Los vaivenes del tiempo tratado desconciertan un poco al lector, del mismo modo que desconcierta un poco esa redundancia del capítulo titulado “el viaje como itinerario” (p. 149).

A continuación E. A. Ramos Jurado trata acerca del “Viaje en la filosofía griega” (pp. 159-184), un estudio interesantísimo que es, a su vez, un recorrido (un viaje) por la historia de las ideas sobre la transmigración del cuerpo, desde Pitágoras y Platón hasta el platonismo o neoplatonismo de época romana imperial y al *Corpus Hermeticum*. El investigador ha optado aquí por desarrollar una idea muy original, cual es el “viajar con el cuerpo”, las traslación del cuerpo como si fuera un alma, “por encima de la realidad inmediata”. El estudio así pensado, no es únicamente un repaso a los *filósofos y a su filosofía*, sino una incursión verdaderamente filosófica. El atractivo de este estudio reside en la originalidad del tema, que además del perfil filosófico admite ser tratados en ámbitos menos racionales, digo yo, cual es el de la religión y el misterio. En el desarrollo del tema parece flotar el halo de lo maravilloso, de lo extraordinario e inexplicable,

como vehículo para explicar, paradójicamente, lo inexplicable: la íntima relación entre alma y cuerpo como modelo o síntesis del viaje o de la traslación. Y hay más enseñanzas: los viajes reales, realizados, ya sea por los itinerarios de la tierra o del éter, son experiencia viva, vidida, para el “cuerpo” que aspira a ser “alma”.

El estudio que cierra el libro se titula “El viaje en la novela griega antigua” (pp. 185-262). En este extenso trabajo M. Brioso recorre el proteico y generoso mundo de la novela antigua escrita en griego (aunque aquí son numerosos los guiños y las referencias a la novelas de Apuleyo, *Lucio o el asno*; y también al *Satiricón*), sobre la que tantas páginas se han escrito en todos los sentidos. El presente estudio es una combinación hábil de análisis del relato novelesco (extrayendo de las novelas los episodios de viaje) y los comentarios de los filólogos modernos que han abordado este mismo tema. Es pues, un estudio “cómodo” –y de ahí quizás su amplitud– en el que la abundancia de fuentes y de textos, y la intención de tratarlos todos con cierto detenimiento, depara en un estudio que, como aquel primero que abría este libro, lo acumulativo y la reiteración de situaciones aquí y allá, en una u otra novela, hace menguar el interés del lector al tiempo que avanza. Es el resultado lógico de un tema amplio analizado en unas fuentes tan extensas (el *corpus* literario de novelas griegas). El mérito mayor reside en el esfuerzo de lectura que el autor ha hecho, y mostrarnos que él también ha hecho un viaje a través de la literatura.

En definitiva, y como no puede ser de otro modo en un libro de actas, estamos ante un libro desigual, por ser distintos los métodos, los objetivos y el interés de los temas tocados. Es obvio que cada persona pone sus intereses en una u otra forma de trabajar, en uno u otro tema de investigación. Yo aquí he dado mi opinión (que naturalmente no tiene por qué ser compartida), tras una lectura minuciosa, interesante y paciente de todo el libro; libro que en todo caso debe ser referencia bibliográfica interesante para aquellos que trabajen en el futuro sobre el tema del viaje en la Grecia antigua, particularmente sobre el viaje imaginario.

S. Perea Yébenes